



02-8825

ICD
NE1
58j 1978
j.2 (02-8825)
BIB. NO. 2

JESUS GARCIA

HEROE CIVIL

HOMENAJE DE LA XVII REUNION
INTERPARLAMENTARIA MEXICO-E.U.A.

IN HOMAGE TO

JESUS GARCIA

CIVILIAN HERO

XVII MEXICO-U.S.A.
INTERPARLIAMENTARY MEETING

100687
SL
LLR

JESUS GARCIA

HEROE CIVIL

HOMENAJE DE LA XVII REUNION
INTERPARLAMENTARIA MEXICO-E.U.A.



BIBLIOTECA LEGISLATIVA
INVENTARIO
2008-2009

BIBLIOTECA DEL H. CONGRESO	
MEXICO D.F.	
Adq.	028825
Clasf.	HCD ANE I
Cotter.	J 58j
Núm.	1978

82

S.L

INVENTARIO 2015

2/9



El inmortal Jesús García
"Héroe de Nacoziari"

GENESIS DE UN HEROE

La hazafia de Jesús García, consumada en un instante de avasalladora trascendencia, reviste características del heroísmo más acendrado y lleva a la reflexión de que acciones así, inspiradas en un momento de decisión suprema, son ejecutadas al impulso de una inspiración divina que transforma al hombre dotándolo del valor, la decisión y el altruismo esenciales para llevarlas al climax de su propósito.

No hubo en Jesús García vacilaciones ni desmayos, ni las circunstancias las admitían. Pudo haber huido al darse cuenta de la inminencia del desastre, cediendo al natural imperativo del instinto de conservación, pero un impulso sobrenatural, filantrópico, se antepuso a cualquier consideración de su propia seguridad y salvación —algo reservado para los que tienen el temple y el corazón de predestinados, inundó su ser, galvanizando su voluntad, comunicándole pujanza de gigante y ansia de renunciación, para guiar su maniobra en aquellos momentos en que cada segundo, cada metro que avanzaba su convoy, aseguraba más y más el éxito de su propósito.

Todo lo abarcó en su mirada de poseído. Era urgente, imperativo, que el tren se lanzara raudo, cuesta arriba, hacia la meta de salvación para sus semejantes, pero de muerte y destrucción para él. Nada le arredró; con mano firme y además resuelto empuñó la palanca de mando imprimiendo toda la potencia de la fuerza motriz a su locomotora, en una carrera de espanto, en un empeño desafiante de poner más y más distancia y montaña, entre el siniestro y el poblado.

En su previsión asombrosa pudo haber imaginado las posibilidades de su propia salvación, así como la del pueblo, conduciendo su convoy hasta alcanzar la llanura del "Seis" y despacharlo solo. Esta y muchas otras hipótesis se forjaron en torno de la acción de Jesús García, pero si el insigne maquinista entrevió alguna remota probabilidad de salir con vida del pavoroso trance, la idea no lo desvió ni un instante del propósito inmediato de permanecer en su puesto hasta ganar la cumbre al "Seis". A escasos metros de la meta sonó la hora fatal. Un segundo más y el tren habría alcanzado la planicie, pero el destino no quiso que acto tan generoso y abnegado careciera de un mártir. Las grandes proezas reclaman sacrificios y héroes, y Jesús García seguramente no habría alcanzado la gloria inmarcesible si, cumplida su misión, hubiera vivido para contar la aventura.

Repasando los pormenores del abnegado esfuerzo de Jesús García podemos aquilatar la pureza de su entrega total y la filantropía estrujante que presidió su maniobra salvadora. Desde el momento en que una chispa siniestra de la máquina se convirtió en presagio ominoso de tragedia, sus movimientos, su reacción, fueron tan precisos que se antojan los movimientos de un ser sobrenatural; de un hombre, en suma, que en aquellos instantes, angustiosamente fugaces, derivaba de la Providencia, cálculo frío y sereno, firmeza y lucidez sobrehumanas, para arrostrarlo todo en un arranque audaz, en una jornada de locura en su convoy flamante, sin otra meta que la eternidad. El recorrido fantástico se antoja un Vía Crucis con 14 segundos de vértigo y peligro, en lugar de las 14 estaciones, para llegar a un calvario —la cima del "Seis"— y tal vez Jesús García, buen cristiano, haya también sentido la elocuencia del paralelo de su misión con la del Salvador y pensando en su calvario que se hacía vertiginosamente realidad, reza una última plegaria:— "Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu".

La maniobra que llevó a cabo García es la síntesis perfecta del heroísmo. Realizada en la más absoluta sangre fría, sin la menor premeditación; ejecutada con espontaneidad crispante; llevada a su desenlace ineluctable con serenidad pasmosa. En todo el desenvolvimiento de su impulso de coloso sólo hubo un móvil generoso y desinteresado, una idea sublimemente bella, salvar a sus semejantes.

Que altísimo concepto del cumplimiento del deber infundió valor a Jesús García en esos momentos en que su mente, su físico, su voluntad y su espíritu coordinaron todas sus facultades en su esfuerzo prodigioso. Qué ímpetu supremo de renunciación para entregarlo todo en un reto altivo al destino. Qué exégesis más pura del pensamiento cristiano; qué anhelo más diáfano de probar el tormento del martirio y el sacrificio para transponer los umbrales de la inmortalidad y de la gloria.

Se dirá que el drama del 7 de noviembre, escenificado en un pueblo ignorado, protagonizado por un obrero humilde, es un hecho local, de importancia secundaria, pero en sus lineamientos más amplios, en las características del martirologio se destacan elementos que atañen al género humano, a los sentimientos más elementales, a los impulsos más nobles de que es capaz el corazón del hombre, y bajo este aspecto reviste interés universal. Difícilmente se encontrará paralelo en que se ponga de relieve mayor desinterés y espíritu de renunciación y éstas son cosas que atañen a la moral, que interesan a la nobleza del individuo en sus relaciones con sus semejantes.

La lección del 7 de noviembre de 1907 es digna de perpetuarse en bronce y mármol para seguir fortaleciendo el culto al héroe. Que lo conozca y lo venera todo México; que su fama y su prestigio rebasen los linderos de la patria; que su estatua se levante también en ese camino esplendoroso de glorias nacionales que es el Paseo de la Reforma. Que en ese Olimpo de nuestros adalides se yerga también, señera y reful-

gente, la estatua de un obrero, el recuerdo de un hombre que no buscó la gloria; que no peleó por la libertad de un pueblo; que no levantó su espada en el fragor de una batalla, sino de un mártir, que cumplió con un deber, el más universal, el más sagrado, porque deriva de la más fundamental de todas las enseñanzas: "Amaos los unos a los otros". Junto a los forjadores de nuestra nacionalidad no deslucirá el monumento a un ferrocarrilero, que inmortalice la gesta del 7 de noviembre, el ejemplo más fulgurante, la lección más clara para las generaciones futuras.

ELOGIO A JESUS GARCIA

Escrito por el profesor James Douglas para depositarse en la primera piedra del monumento inaugurado el 7 de noviembre de 1909.

El amor de la vida es el instinto más arraigado en nuestro ser. Es el impulso que asegura la existencia misma de la especie y, por lo tanto, cuando un individuo sacrifica su vida para salvar la de sus semejantes, ejecuta un acto de abnegación, motivado por los sentimientos más altruistas. Por el contrario, cuando los hombres degeneran a tal estado de cobardía y egoísmo, que se vuelven incapaces de actos voluntarios que entrañen sufrimientos físicos, hasta arrostrar la muerte en defensa de sus derechos, o mejor aún, por la protección y bienestar de sus congéneres, se hacen indignos de ser ciudadanos de una patria libre y soberana. Cierto es que el soldado, al sentar plaza, debe tener presente que se expone a perder la vida de un momento a otro, en el campo de batalla; pero el peligro es remoto y llegado el momento crítico, la presencia de sus compañeros, no menos que el fragor de la contienda, fortifican su ánimo y le infunden valor.

En el acto concreto de heroísmo que este monumento conmemora, no existió ese estímulo para Jesús García. Era maquinista del tren de la mina que salía de los patios bajos de Nacozari, a las minas de Pilares. En la pendiente que domina la casa de fuerza y los talleres, en plena vista de la población, observó el maquinista que un carro de dinamita se iba incendiando. En lugar de aplicar los frenos y abandonar



el tren, lo hizo correr a todo vapor, y con la mayor serenidad dio orden a la tripulación de apagar el fuego. Como valientes que eran todos estos hombres insistieron en su empeño, hasta que el mismo García les ordenó que se retiraran del tren y lo abandonaran a él a su suerte. Cuesta arriba prosiguió con los carros envueltos en llamas y la carga infernal de dinamita. La velocidad del convoy avivaba las llamas, pero García confiaba en que aquel volcán que arrastraba no haría explosión hasta alcanzar un punto en que el cerro formaría un valladar entre el tren y el poblado, salvando de inevitable destrucción a sus moradores. Apenas llegaba a la meta cuando se produjo la explosión. La población se había salvado.

El salvador de Nacozari hubiera desaprobado los honores que hoy le tributamos. El sólo cumplió con su deber y —¿qué más podía hacer?— Tales eran los pensamientos de Jesús García al erguirse, con la mano firme en la palanca y la vista mirando fijamente a la eternidad.

Necesitamos el incentivo de nobles ejemplos, que nos recuerden nuestros propios deberes. Por eso nos reunimos ante este monumento que conmemora una proeza sublime y la muerte de un héroe.

Nacozari, Sonora, octubre de 1909.

DECLARACION DE THE AMERICAN CROSS OF HONOR

“THE AMERICAN CROSS OF HONOR”, fundada en Mayo de 1906 por disposición del Congreso
. Thomas H. Herndon, presidente, John J. Delaney, Vice Presidente, Harry A. George, Secretario, Richard Stockton, Tesorero, John Schuyler Crosby, Andrew M. Taylor. Washington, D. C.

Considerando: Que Jesús García sacrificó su vida por salvar la de los habitantes de Nacozari, Sonora, México, la Junta de Gobierno de “THE AMERICAN CROSS OF HONOR” ha adoptado la siguiente resolución:

Que la historia cuenta solamente muy pocos casos de un acto de valor tan grande, o de muerte tan heroica y ningún honor será demasiado grandioso para conmemorar la memoria de este héroe que murió por sus semejantes.

. . . Queda, asimismo, acordado que esta resolución sea consignada en el acta de nuestra orden y que una copia de ella sea enviada a su Excelencia, El Embajador Mexicano en Washington.

Thomas H. Herndon, Presidente.
Harry A. George, Secretario.

[Faint, illegible text]

IN HOMAGE TO
JESUS GARCIA
CIVILIAN HERO
XVII MEXICO-U.S.A.
INTERPARLIAMENTARY MEETING

[Faint, illegible text]

GENESIS OF A HERO

The stirring deed of Jesús García, performed in a moment of apparently inevitable disaster, was a great heroic act and inspires us to reflect that such deeds, carried out in the wake of desperate decisions, are performed in answer to a divine inspiration that can transform a man and endow him with the courage, resolution, selflessness required for him to carry out his purpose.

Jesús García did not flinch or hesitate, nor would time have permitted it. He could have easily given in to the very human instinct for self-preservation when he realized the extent of the imminent catastrophe, but a supernatural and noble feeling for the lives of others overrode any considerations of personal safety and salvation. Such feelings are restricted to those who have the strength of character and heart to meet their destinies and in this case these qualities galvanized him to action and gave him the will of a giant and a total renunciation of self to continue at the throttle of his engine, aware that every yard that the train advanced might be vital to the success of his undertaking.

53380

His experienced eye quickly took in what had to be done. It was imperative that the train climb up the steep grade with all possible despatch to put distance between it and the town if his fellowmen were to be saved, even though the price be his own death and destruction. Nothing dismayed him; with a firm hand resolutely he pushed the throttle of his engine wide open in his gallant attempt to put more yards and rocky barriers between the hapless town and his deadly cargo.

Perhaps he felt that he had a small chance of saving the town and still saving his own life if he could top the crest and get the train out on a small flat known as El Seis. Perhaps this and many other ideas flashed through his mind but even if he ever considered such a possibility of salvation from his terrible predicament he did not let it affect his judgement or his inflexible resolve to stay at his post until reaching El Seis. He was only a few yards short of his goal when his time ran out. A few seconds more and he could have honorably jumped to safety, but destiny demanded its price for his generous and altruistic gesture. Great deeds of courage are built on human sacrifice and deaths of heroes and Jesús García would surely not have achieved his present fame if, his mission accomplished, he had lived to tell the tale.

In recalling all the details of Jesús García's sacrifice we can more fully appreciate his utter selflessness and the spirit that inspired it. With the errant spark from the smokestack that set the

train on fire a chain of events was set in motion in which the reactions of the actor were more like those of a supernatural being than of a mere mortal man. Here indeed was a moral giant who in those terrible moments of crisis showed unruffled calm and resolution to throw his own life in the scales and set out on a mad and hopeless race against death and disintegration in his flaming train with no other destination than eternity. García's incredible feat was a reenactment of the Christian ritual of the Stations of the Cross with fourteen minutes of anguish and danger symbolizing the fourteen stations of the Way of the Crucifixion and ending, like Christ's own drama, in death on a barren hilltop. In this case the hilltop was named El Seis instead of Calvary. And surely Jesús García in his desperate race against flames and time must have remembered to utter a last prayer, "Lord, to Thee I give up my spirit".

From another point of view, Jesús García's deed was a perfect blueprint for heroism. With no warning he suddenly found himself plunged into a situation demanding instant decision to stave off disaster, and with astonishing coolness he rose to the occasion. His every word and act reveal a singleminded devotion to the noblest of ideals, to save and protect his fellowmen.

This noble subordination of self to duty made it possible for him to weld his intelligence, will, and body into a single instrument to do what had to be done in a prodigious display of human courage. What a supreme revelation of renunciation of self to meet the challenge of destiny! Where is there a purer example of the essential Christian spirit that there is no greater glory than to lay down one's life for a friend? Jesús García made the supreme sacrifice and with it won eternal glory.

It might be said that the dramatic tragedy of November Seventh, which happened in a little known town and with a humble locomotive engineer as its chief actor was a only a local three day wonder. But in a broader sense, with its involvement of our most basic philosophical concepts, its affirmation of the noblest sentiments mankind is capable of harboring, it is a tale of universal appeal wherever men live and toil. It would be hard to find another instance which so dramatically illustrates the sublime heights of selflessness and renunciation that man is capable of reaching in his dealings with his fellowmen.

The lesson of that November Seventh of 1907 is well worth perpetuation in bronze and marble to keep alive the memory of a hero. Let all Mexico remember and venerate the name of Jesús García; let his fame and honor extend beyond our frontiers; let

his statue be raised on that splendid boulevard dedicated to our national heroes that is the Paseo de la Reforma in Mexico City. Let there be in that select Olympus of our foremost citizens the figure of a modest engineer who never wooed glory, who never fought for the liberty of his people, who never drew a sword on the field of battle, who was only a willing martyr who unflinchingly performed his duty, the most universal and sacred duty of all: "Love one another". In the company of those who fought to build the Mexican nation there is surely room for another monument to the memory of a simple railroader who on that November Seventh gave us with the shining example of his supreme sacrifice the noblest of lessons for future generations.

A EULOGY OF JESUS GARCIA

Written by Professor James Douglas and deposited in the corner stone of the monument inaugurated on November 7, 1909 .

The love of life is our most deeply rooted instinct. It is the driving force that assures the survival of the human race and so, when a person sacrifices his own life to save those of his fellow creatures, he is performing an act of greatest self-denial and one inspired by the loftiest of human sentiments. On the other hand, wherever men descend to such a state of cowardice and selfishness that they become incapable of voluntary actions which entail physical suffering and even death itself in defense of their rights, or, even more worthily, for the protection and welfare of their fellows, they become unworthy to call themselves citizens of a free and sovereign land. It is true that the soldier, on entering the ranks, should be aware that he risks losing his life in battle, but the danger is still remote and even if that desperate moment should arrive, the presence of his comrades and the heat of battle will strengthen his will and give him courage.

But in the particular case of heroism which this monument commemorates there was no special encouragement for Jesús García. He was merely the engineer of the train which made the run from the lowlying yards at Nacozari up to the Pílares mines in the hills. On the fatal day as he started up the grade which overlooks the roundhouse and the railroad shops Jesús

García became aware that a boxcar loaded with dynamite had caught fire. Instead of jamming on the brakes and abandoning the train he opened the throttle wide and coolly ordered the train crew to try to put out the flames. The crew bravely but unsuccessfully did what they could until Jesús García ordered them to jump for their lives and leave him alone to deal with the situation. The cars, wreathed in flames, with their lethal cargo of dynamite, toiled up the grade. The speed of the train fanned the flames higher but García still hoped that the inevitable explosion would not occur until he could place his train with a hill between it and the town below to shield it from the blast and spare the townsfolk. He had barely reached his goal when the train blew up. Jesús García died but the town had been saved.

This simple man who saved Nacozari would have been embarrassed by the honors we render him today. He only sought to do his duty -- and what more could he hope to do? Such were surely the thoughts in the mind of Jesús García as he stood with his hand firm on the throttle and his eyes fixed on eternity.

We all need the incentives of noble examples to remind us of our own duties. For this reason we have gathered today at this monument that commemorates a sublime act and the death of a hero.

Nacozari, Sonora, October 1909.

CITATION OF THE AMERICAN CROSS OF HONOR

THE AMERICAN CROSS OF HONOR, established by an act of Congress in May 1906 . . . Thomas H. Herndon, President, John J. Delancy, Vice - President, Harry A. George, Secretary, Richard Stockton, Treasurer, John Schuyler Crosby, Andrew M. Taylor. Washington D.C. . .

WHEREAS: Jesús García gave his life to save the lives of the people of Nacozari, Sonora, Mexico, the Board of Governors of THE AMERICAN CROSS OF HONOR has approved the following resolution:

BE IT RESOLVED:

That history records only a very few cases of such an act of courage or so heroic a death, and no honor would be too great for perpetuating the memory of this hero who died for his fellowmen.

BE IT FURTHER RESOLVED:

. . . That this resolution be inscribed in the records of our order and that a copy be sent to His Excellency, the Mexican Ambassador in Washington.

Thomas H. Herndon, President

Harry A. George, Secretary

Con motivo del Homenaje rendido por la XVII Reunión Interparlamentaria México-E.U.A., al C. Jesús García, "Héroe de Nacozari", siendo Presidente de la Gran Comisión de la Cámara de Diputados el Dip. licenciado Augusto Gómez Villanueva, se editó este folleto en mayo de 1977.



Imprenta de la Cámara de Diputados